7 febrero 1979
"El Universal"

Sansores Removido

Las dos Dimensiones del Cambio en el PRI

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA *MG*

PUESTO que al parecer estamos destinados a elegir entre males, es obvia la ventaja de que don Carlos Sansores Pérez sea director general del ISSSTE y no presidente del PRI. La aritmética elemental nos da la receta para medir este beneficio: es mayor el número de ciudadanos que el de empleados públicos atendidos por ese instituto de seguridad social; y era a la suma de todos aquellos, y no sólo a los inscritos formalmente en el partido, a la que afectaba adversamente la presencia del ex gobernador de Campeche en el mando priista.

Ya hablando en serio, cabe reconocer una doble dimensión en el nombramiento de un nuevo presidente del partido gubernamental. En primer término es claramente saludable para la tentativa de progreso democrático en la que estamos insertos, la remoción de Sansores, sobre todo en vísperas de que se confeccionen las listas de los candidatos del PRI a diputados federales.

Visto su historial, que su presencia al frente del partido fundado por Calles no hizo más que ratificar, Sansores contaba entre los menos indicados para encabezar un PRI que debía ser reformado a tono con la modificación política anunciada en abril de 1977, apenas cuatro meses después de la designación de Sansores, por lo que debe entenderse que ya estaba concebida desde entonces.

Por su afiliación a las viejas mañas, sofisticadas con recursos nuevos, como el manejo de periódicos y periodistas que pretendieron y pretenden hacerlo pasar como justamente lo contrario de lo que es: un democratizador y un ideólogo; por la creciente confusión entre su actividad pública y sus negocios privados; por su incapacidad para entender los nuevos tiempos, por todo ello Sansores nubló la claridad del proyecto de reforma política auspiciado por el Presidente de la República. Su presencia al frente del PRI había ganado la fuerza de un símbolo, el del peso del tradicionalismo convertido en lastre de las intenciones de cambio. Por ello, su cese como jefe priista tiene esa dimensión simbólica. Se ha removido a lo que Sansores es y representa.

Pero, naturalmente, no se trata sólo de un problema de personas. No es que dé igual la sustitución de Sansores por otro, cualquiera que sea. Sansores resultaba especialmente anómalo en el PRI. Como encargado de un segmento de la administración, a lo mejor hasta lo hace bien y resulta eficiente, porque su presencia allí no reviste el valor político de que estaba dotada su posición en el PRI, y, en todo caso no será un funcionario administrativo diferente a muchos otros de sus colegas. Sin embargo, si se requiere que lo sustituya alguien que no se le parezca en lo substancial.

El que parece más viable para hacerlo es el secretario general, Gustavo Carvajal Moreno. Si se concreta su designación, se habrá producido sólo una de las dos dimensiones del cambio en el mando priista. Se habrá eliminado el símbolo de signo adverso pero no la sustancia. Ciertamente, Carvajal no es un negociante. Pero es, como Sansores, un político pragmático, carente hasta donde puede verse de una ideología. Su paso por la política universitaria generó opiniones encontradas, al grado de que se le involucra en el manejo de "porros" primero de 1966, en torno de la caída del rector Chávez y luego cuando fue director general de Información durante el rectorado de don Pablo González Casanova. Más creyente en la acción que en las ideas, hasta donde puede verse, su actuación frente al PRI no hará que éste se mueva un milímetro hacia adelante, enriquecido como es preciso por tesis nuevas que respondan a las nuevas necesidades de la sociedad mexicana.

A pesar de todo, todavía funcionan las piezas del mecanismo electoral que es, en parte, el PRI. No se requiere que lo dirija por lo tanto, un administrador eficiente que, por las buenas o por las malas, lo aceite suficientemente bien como para que no falle. La maquinaria requiere ajustes, ciertamente. Pero de mayores transformaciones está urgida la ideología del partido, no la que reposa empolvada en los documentos básicos que nadie conoce y a nadie le importan, sino la que da forma a las acciones políticas cotidianas.

28 de Feb

28 de Febrero - 79

Acerquémonos a Francia

Por MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

LA visita del Presidente Valery Giscard d'Estaing tiene, hoy, significados múltiples que le confieren una importancia superior a la mera estancia protocolaria del jefe de un Estado de Europa occidental a un exótico país petrolero.

El hecho ocurre en un contexto internacional fascinante por la diversa composición de las fuerzas mundiales que se está configurando y por nuestra propia posición ante ellas. Como se ha dicho, el conflicto entre China y Vietnam es una anticipación del futuro: los esquemas que funcionaron durante dos décadas al menos, después de la Segunda Guerra están ahora en plena descomposición. Francia no fue ajena a la ruptura de la política de bloques, sino al contrario: bajo la dirección del general De Gaulle se convirtió en una eficaz propulsora del quebrantamiento de la bipolaridad. Hoy que se subrayan los rasgos de la nueva imagen del mundo, Francia se presta a jugar el papel que le corresponde, y aun cuando fuera sólo por esa circunstancia pragmática, será una conducta pertinente de México acercarse a Francia.

No podemos, sin duda, incurrir en la ingenuidad de suponer a la República francesa la idílica reencarnación de la pureza en el comportamiento internacional. En cuanto potencia mundial, tiene intereses, ejercidos a veces de manera agresiva como en Chad o en el Sahara Occidental. Después de todo, como decía Malik, no hay gobierno que no tenga esqueletos dentro de su closet. Pero lo cierto es que los intereses franceses y los mexicanos no son contradictorios, lo cual disminuye la posibilidad del conflicto y agranda la de la cooperación.

El Presidente francés llega a México en tercer término, después de las visitas del Papa Juan Pablo II y del Presidente Carter. Cada una de ellas estuvo cargada de signos. Seremos relapsos al insistir en el perjuicio histórico y político que provocó a la sociedad mexicana el viaje pontificio, si bien el daño quedó paliado por la manera en que personalmente el Presidente de la República enfrentó la estancia aquí del Ejecutivo norteamericano. También la pre-

sencia entre nosotros del mandatario de los franceses tiene sus mensajes, singularmente el de la invitación a la pluralidad de nuestros vínculos diplomáticos activos.

No se trata, por supuesto, de un mero problema de voluntad. No es que estemos en condición de diversificar nuestro intercambio comercial, financiero, tecnológico, cultural, según queramos. Se nos imponen ataduras extraordinariamente difíciles de romper, pero que distan de ser inexorables y fatales. Nuestra gran carta actual, el petróleo, no puede servirnos en todos los casos. Las ventas programadas al mercado francés constituyen una pequeñísima porción de los suministros totales que reclama ese país, por lo cual hemos de comprender que la vía económica en nuestro acercamiento con Francia tiene la importancia que se deriva de que pueda servirnos de acceso al Mercomún europeo, pero que tiene mayor relevancia la posibilidad de un acercamiento de naturaleza política.

En ese orden de ideas, el Presidente francés ha hecho precedir su visita de señales de buena voluntad que no podemos dejar inadvertidas. Sobresale entre ellas la decisión de firmar el protocolo número uno del Tratado sobre la desnuclearización de América Latina, reservado a las potencias atómicas que pueden utilizar nuestro territorio para el desarrollo de actividades nucleares bélicas.

"La sociedad francesa es rica, aunque choque esta palabra, en un universo poblado de pobres; libre, entre naciones que todavía no han alcanzado la fase de la democracia; pacífica, en un mundo impregnado de la sangre roja de las guerras y la sangre negra de las luchas civiles. Forma parte del pequeño grupo de naciones que a costa de mucho trabajo y sufrimiento acumulados, escapan a las invilecedoras constricciones del hambre, de la miseria y de la enfermedad"; esta es la ufana visión que de su propio país tiene el Presidente de los franceses. Fácilmente matizables, sus afirmaciones nos convidan sin embargo a acercarnos a esa nación. Porque su visita puede servir eficazmente a ese propósito, sea bienvenido el señor Giscard.

Yriam